



La sociedad hacia el vacío

Guadalupe Andrade Olvera (Facultad de Economía-UNAM-México)

David Barrios Rodríguez (OLAG-UNAM-México)

Sucumbiremos sin haber aprendido nada. En todos nosotros, en lo más recóndito, parece haber algo granítico e incorregible. Nadie cree realmente, pese a la histeria de las calles, que estén a punto de destruir el mundo de tranquilas certezas en que hemos nacido.

John Maxwell Coetzee, Esperando a los bárbaros

I

La disputa durante poco más de dos siglos entre la derecha e izquierda política (distribución con una fuerte carga simbólica, más allá de su origen en la Revolución Francesa) también fue uno de los ámbitos de transformación en las postrimerías del siglo pasado y los inicios del actual. Como fue señalado de manera temprana por Immanuel Wallerstein, el fin del mundo bipolar, más que demostrar el ocaso del proyecto socialista, marcó el final del liberalismo, o como prefiere definirlo el pensador estadounidense, de la geocultura del sistema mundo que incluyó en su seno las distintas ideologías dentro de la visión de mundo que conocemos como modernidad (Wallerstein, 1996). A partir de ese momento mucho se ha escrito sobre una modificación sustancial en el proyecto que se reconocía como izquierda política y que estuvo basado, entre otros elementos, en la disputa por el control del aparato estatal y las formas de lucha y organización construidas en los siglos XIX y XX. Aunque no es objetivo del presente texto

1 *Investigación realizada en el marco del proyecto PAPIIT “Economía y guerra en el siglo XXI: corporaciones, Estados y mercenarios. Genealogías latinoamericanas” IG300318. Artículo publicado originalmente en la Revista CEPA n°29 del Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo, editada en versión impresa en septiembre de 2019 en Bogotá, Colombia.

establecer un relato de las derivas de este tipo de iniciativas en nuestra región, consideramos pertinente realizar balances sobre esa tradición que con expresiones tan diversas, combativas y creativas, también asistió a innumerables derrotas (Traverso, 2016), lo que en caso de ser asumido, puede hacer posible para las nuevas generaciones establecer rutas basadas en la necesidad de radicalidad y creatividad, en pos de la apuesta más urgente de nuestro tiempo que es la defensa de las distintas expresiones de la vida.

Lo que resulta innegable es que entre finales del siglo pasado y comienzos de la presente centuria se ha extendido un discurso asociado con las élites económicas y la clase política a nivel mundial que ha aprovechado tanto el desconcierto imperante, como el ingreso en lo que puede ser considerado como un cisma, tanto de los preceptos tradicionales en torno a la modernidad, el desarrollo y la idea de progreso, como de las condiciones generales de reproducción social. Es decir que nos encontramos en un momento de peligro, que advierte la imposibilidad de garantizar la continuidad de la vida tal y como la hemos conocido hasta ahora, lo que ha sido planteado como una crisis civilizatoria o bien como posibilidad de colapso (Taibo, 2018).

En el primer caso nos encontraríamos no frente a una de las crisis cíclicas del capitalismo, como la que tuvo lugar a comienzos de la década de los años ochenta, ni aquellas que exigen la reestructuración de éste como fueron la de 1929 o la de comienzos de la década del setenta; sino de una crisis sistémica que exige una transformación interna profunda y que no necesariamente implica la defunción de este modo de producción (Baschet: 2015) En relación a ello, ha sido señalado que el mundo que pare nuestro presente, puede conformar uno donde se incremente aún más la explotación humana y la destrucción de la naturaleza.

En la perspectiva de la “colapsología” no habría ya alternativa de regenerar lo destruido hasta ahora y dicha irreversibilidad del proceso afectaría las relaciones sociales, impactando además el volumen poblacional y de la biodiversidad. En especial se alude a la incapacidad de estabilizar el metabolismo ecológico y todas las repercusiones que esto tiene en términos de la desaparición masiva de especies, incluyendo la humana. Además, lo que sería específico de la sociedad contemporánea es que estas afectaciones tendrán un carácter general y no acotado, como en

momentos previos, a un determinado contexto regional. Esta problemática recién comienza a ser visibilizada, por ejemplo a través de las luchas de los pueblos originarios o de la emergencia de la *Extinction rebellion*, así como de estudios científicos que señalan que de hecho nos encontramos frente a la sexta extinción de especies (Carrington, 2017).

Ante la debacle del liberalismo y de la izquierda tradicional o convencional, parecería plausible pensar que lo que reaparece y toma fuerza es el conservadurismo, pero ahí resulta preciso caracterizar su conformación actual, porque en este caso comportaría expresiones políticas y sociales “tradicionales”, pero desbocadas ahora a la mercantilización de todo lo que sea posible, incluidos ámbitos que la figura del Estado Nación tendía a proteger antes de su refuncionalización aparejada con la prédica neoliberal. Aun así habría que evaluar la recuperación de elementos del conservadurismo que resurgen a partir de una agenda social que remite a una cierta retracción histórica, caracterizada por el ataque en contra de la diversidad y la promoción de la deshumanización, lo cual se verifica en el menosprecio y persecución de sujetos minorizados, como es el caso de identidades racializadas, sectores populares, militantes de la diversidad sexual, migrantes, indígenas, cuerpos feminizados, entre otros.

Aunque es tarea ardua anticipar las agresivas mutaciones en ciernes, pensamos que nos encontramos frente a una sola catástrofe cuyo eje articulador es un ataque sistemático contra la vida, que comporta diferentes manifestaciones pero que comparte la instalación de sentidos sociales que amplifican y normalizan su carácter destructivo. Entre estos consideramos pertinente establecer una distinción entre expresiones de carácter *pasivo*, como la que vuelve ineluctable el ecocidio del que somos cómplices y que está relacionado con los modos de vida alienantes producidos por el heterocapitalismo (uso de combustibles fósiles, procesos intensivos de producción y consumo de mercancías nocivas, alimentos y valores de uso tóxicos). En lo que respecta a las vertientes que enunciamos como *activas*, nos preocupa la interiorización cultural de la competencia, el individualismo y la crueldad que refuerzan mecanismos de violencia disciplinadores que por añadidura, resultan crecientemente naturalizados en regiones del planeta como América Latina y el Caribe. Pensamos que esto forma parte de una guerra por la preservación de los privilegios de las élites en un contexto de monopolización sobre los recursos

planetarios, formulados en proyectos de “gobernanza” mundial y administración integral de recursos. Nos enfrentamos nuevamente a una disputa por la reorganización del proyecto capitalista en crisis que calcula la proximidad de los límites planetarios y de sus recursos considerados estratégicos. Frente a ello se vuelve necesario, para quienes disputan el poder, profundizar los mecanismos de control y gestión de la vida, que ahora reconocemos abiertamente genocidas y ecocidas. Estos se expresan en proyectos políticos contradictorios que reeditan ideologías tradicionalmente asociadas al conservadurismo o a la extrema derecha, y que parecen estar redefiniendo existencias precarizadas (es decir de carente o nulo valor social), vinculados a construcciones históricas como la clase, la raza y el género. Para dichos sectores se ponen en funcionamiento mecanismos que rechazan de manera rotunda el acceso a derechos fundamentales, haciéndolos ingresar inclusive en lo que puede ser definido como un umbral de desechabilidad.

En relación a lo anterior nos preocupa tanto la proliferación de personajes en posiciones de liderazgo político que alientan esta clase de prejuicios, como el respaldo social que se ha mostrado en diversos países a esta clase de proyectos. Pensemos en los discursos de odio contra migrantes y mujeres, anclados también en un elitismo caricaturesco, así como las vociferaciones misóginas, racistas e intolerantes respecto a las expresiones de izquierda, como en el caso de Donald Trump, Jair Bolsonaro o como ocurrió con uno de los contendientes a la última elección presidencial en México (denominado “el Bronco”) quien se popularizó por señalar que promovería la amputación de las manos a quien cometiese el delito de robo. Consideramos que estas diatribas adquieren resonancia social a partir de la invocación de miedos y fobias difundidos mediática y gubernamentalmente, pero al mismo tiempo es claro que carecen de todo principio de solidaridad, o de conformación de tejido social. En términos generales la adhesión a este tipo de iniciativas políticas es resultado de la identificación con el principio de la salvaguarda de la propiedad privada y de valores hegemónicos construidos a lo largo de décadas o siglos entre los que mencionamos sentidos en torno al desarrollismo, crecimiento económico, aprovechamiento ilimitado de recursos naturales, antropocentrismo, especismo, nacionalismo, supremacías raciales y el heteropatriarcado.

Pensamos que esta ruta iniciada a finales del siglo XX nos conduce hacia un abismo, un vacío social que cada vez comportará expresiones más atroces y cuyos mecanismos de profundización y regularización es preciso indagar. Es por ello que deseamos destacar un par de vertientes de este proceso retrógrado que está teniendo lugar en distintos espacios y países de la región. En primer lugar, la militarización de nuestras sociedades que articula el apuntalamiento del patriarcado y en relación a ello, distintas expresiones de intolerancia y violencias contra el movimiento feminista que tienen lugar a lo largo de América Latina y el mundo. En ambos casos esto supone graves retrocesos sociales que es preciso analizar, denunciar y detener.

II

Después de las grandes guerras del siglo XX y sus muertes masivas, la tarea de escribir sobre guerras modernas (más pequeñas)[...]requiere otra postura ética y metafísica. Hay que reclamar un espacio para lo diminuto, personal y lo aislado.

Svetlana Alexiévich. Los muchachos de zinc

La triada bélica: militarización-hipermasculinización-patriarcado

En lo que respecta a la militarización consideramos que se trata de un proceso que puede ser entendido en una escala general, dentro del traslado del eje ordenador de la sociedad desde el mercado hacia lo militar (Ceceña, 2007), pero que comporta vertientes cotidianas altamente preocupantes. La relación entre formas de violencia seculares con la construcción de la masculinidad y la virilidad hace parte de un proceso histórico que se remonta al final de la Edad Media en lo que refiere a las sociedades europeas (Muchembled, 2010), pero que fue incorporado a nuestras sociedades a través de la experiencia colonial. Esto se actualiza y adquiere rasgos específicos en los conflictos contemporáneos, consolidando la relación entre el patriarcado y la militarización, por ejemplo a través de la generalización de un “discurso muscular” que privilegia las decisiones de fuerza en la política internacional, al mismo tiempo que establece un binarismo con los discursos que son considerados débiles o suaves (Chanoy, 2004). En contextos de marcada exclusión como los que se abren en la actualidad, también se

presenta una reedición del proceso de moldeamiento de la masculinidad, en este caso hacia la hipermasculinización, entendida como:

...el resultado de las políticas de masculinización de los hombres de determinadas poblaciones -en el patrón de poder colonial/capitalista eminentemente las racializadas como indígenas y negras- presionándolos a adherirse a ideales de masculinidad que requieren de condiciones materiales y subjetivas a las que están virtualmente obstaculizados de acceder. Ello da lugar a frustraciones permanentes que favorecen una sobreidentificación con los rasgos más accesibles y empobrecidos de lo masculino (la expresión de la fuerza física, la agresividad o la sexualidad) (Assis, 2018).

A esto agregamos la incorporación del principio de asimetría como “valor” y prerrogativa del “fuerte” y que por tanto, comporta una cierta apología del abuso como forma de relación legitimada, lo cual ha conducido a la difusión de mensajes que avalan el ataque a sectores en condición de vulnerabilidad e indefensión. Además de ello, la militarización social a la que nos referimos, ahora no está restringida al ámbito de los aparatos armados de los Estados, sino que corre por las estructuras de la economía criminal ilegal y de sus prácticas de dominación sobre territorios y poblaciones. En relación a ello, vale la pena traer a cuenta que estos grupos tienden a reproducir el comportamiento del Estado, pero en escalas más acotadas. Así, en lo que corresponde al Estado, establece discursos de securitización que enuncian asuntos diversos como una amenaza de seguridad (por ejemplo la migración o la protesta social) lo cual les confiere un carácter de urgencia y promueve la utilización de formas retóricas de contenido bélico que eventualmente se materializan en políticas públicas, marcos jurídicos y dispositivos diversos. En el caso de las estructuras de la economía criminal ilegal se establecen relaciones de enemistad con otros grupos o con la población misma, al mismo tiempo que reproducen y amplifican la cultura patriarcal-militar. Entre las expresiones de esta, destacan las jerarquías que se establecen, en cuya cima se encuentran también liderazgos que comparten la hipermasculinidad antes referida y que establecen relaciones de subordinación hacia infantes y mujeres, pero que en términos más generales recurren al establecimiento de penas y castigos, aquello que se ha dado en llamar como soberanía *de facto* (Hansen y Stepputtat, 2006). También hace parte de este

proceso una pulsión de control generalizada y en la que el principio del panóptico ahora se esparce en todas direcciones y desde estructuras armadas legales, informales e ilegales.



Una vertiente que consideramos de la mayor relevancia, es la generalización de tareas de inteligencia entre la población civil que se encuentra inserta en este tipo de dinámicas, lo que hace que en términos muy concretos la vida de los barrios, en las ciudades y de las regiones en disputa sea un campo de batalla poblado de potenciales enemigos. Al hacer un esfuerzo de síntesis sobre lo que observamos en distintas áreas de la región podemos señalar algunos elementos como la implementación y naturalización paulatina de toques de queda informales y autoimpuestos. En términos territoriales otra expresión es el rediseño de cartografías urbanas en distintas escalas que apuntan hacia la conformación de *fronteras invisibles*. Estas pueden estar relacionadas con manifestaciones de segregación socio-espacial de carácter más general, pero en ocasiones determinadas por la violencia y el miedo imperantes. De esta manera, en ciudades del Triángulo Norte, México, Colombia o Brasil, se establecen demarcaciones territoriales por parte de grupos armados que controlan cuadras, barrios o inclusive porciones mayores de territorio. De modo que la población de nuestros países habita en órdenes desdoblados en los que el autoritarismo de cuño eminentemente patriarcal subsume la vida a la lógica bélica.



III

*Una vez que ves ciertas cosas ya no puedes no verlas, y “no ver nada”
es un acto tan político como ver algo.*

Arundhati Roy

La embestida misógina contra los feminismos

En ese mismo escenario presenciamos, sobre todo a partir del primer decenio del nuevo milenio, la efervescencia de un amplio movimiento de mujeres organizadas, convencidas de la urgencia de dismantlar los dispositivos de violencia patriarcales que amenazan la supervivencia de la vida social y planetaria, interpretado como una nueva ola mundial del feminismo por la pluralidad de voces que hoy reclaman el espacio público (históricamente reservado a un sólo tipo de alocución: aquella conveniente a la masculinidad hegemónica blanca y heteronormada), para la visibilización de la desigualdad de género que estructura nuestra sociedad y la formulación de alternativas a ella. Tal es el caso de múltiples colectivas en defensa de derechos sexuales y reproductivos, de mujeres racializadas en reivindicación de su patrimonio cultural, de trabajadoras en lucha por demandas laborales, universitarias, artistas, activistas contra el sexismo, el acoso y el feminicidio, entre muchas otras expresiones.

Sin embargo, a la par de una mayor participación de posiciones feministas en el espacio público vemos fortalecerse la aceptación de manifestaciones machistas y misóginas, en distintas escalas

de violencia, dirigidos a manera de reacción hacia las mujeres consideradas “repulsivas” que desafían los fundamentos del orden heteropatriarcal, aprendidos desde la estructura familiar bajo la ley paterna como modelo de la normalidad que garantiza la reproducción simbólica e instrumental de la dominación de lo masculino sobre lo femenino. En el momento histórico que nos atañe en el que la apertura ideológica de la sociedad disminuye gradualmente y las desigualdades sociales y económicas continúan expandiéndose, cuando el movimiento feminista logra impactar la opinión y límites sobre la estructura asimétrica de poder, los sectores conservadores ven desafiados sus privilegios de género, raza y clase. Aquí observamos una plausible explicación a la popularización de las reacciones antifeministas.

Esta difusión de violencias cada vez más diversas y sofisticadas contra las mujeres (particularmente contra aquellas incómodas, insurrectas o prescindibles a los códigos estéticos, sexuales, familiares, políticos y/o económicos del heteropatriarcado), se vale hoy también de las plataformas del ciberespacio como campo de guerra. Espacios exentos en la mayoría de los países de legislaciones capaces de evitar agresiones, amenazas o el ciberacoso, donde además resulta inevitable la manipulación y distorsión de informaciones en relación al movimiento de mujeres y los feminismos. Si bien la reacción a las conquistas de los feminismos se encuentra lejos de estar relegada a los espacios sociales en línea que, cabe señalar, involucran a sectores poblacionales menos vapuleados que otros para quienes las violencias llegan a ser de carácter letal y cometerse en completa impunidad, sugerimos la importancia de considerarlos estratégicos para la reafirmación del poder en tanto permiten la colocación de contenidos dirigidos y su ágil masificación desde una autoría aparentemente incógnita, espontánea y colectiva que facilita la identificación y la legitimación por parte de las audiencias. Al respecto, se ha estudiado la similitud de los fundamentos socioculturales de las redes sociales con los complejos industriales-científico-militares de mediados del siglo XX (Fred Turner, 2010 y Lori Kendall, 2002) o la vanguardia de la ideología masculinista militar y científica en los contenidos de la web (Sarah Banet y Kate Miltner, 2015).

Haciendo un incipiente esfuerzo de aproximación sobre los contenidos viralizados a escala mundial por la reacción antifeminista en las redes sociales, principalmente a través de la cultura

del *trolling* y del *meme*, ubicamos de manera muy general, su categorización bajo dos patrones de alocución:

- 1) Uno es abiertamente transparente, no repara en expresar su ideario de carácter conservador, se basa en equiparar a los feminismos y sus simpatizantes con movimientos del autoritarismo genocida nacionalsocialista. Busca señalar y desprestigiar las denuncias y demandas contempladas por las agendas feministas a través de categorías de acusación y avidez persecutoria. Algunos ejemplos populares son: #feminazi #mamaluchona #HowToSpotAFeminist.
- 2) El otro procura disimular su carácter conservador en el intento de enarbolar un mensaje que aparente objetividad. No se autoidentifica misógino, por el contrario dice estar “a favor de la igualdad”, pero siempre alude a la existencia de un “feminismo real o ideal” (que pocas veces se esclarece) con el que se comparan y desvalorizan las luchas contemporáneas. Afirma estereotipos de feminidad y formas adecuadas de conducta, incluso las relacionadas con la protesta social.

Estas respuestas, forman parte de la presión desatada por las élites en el continente y el mundo, en un intento desesperado por frenar y criminalizar lo que acuerdan en representar como “ideología de género”. A esta forma de intolerancia adhieren masivamente sectores dentro y fuera del espacio virtual a partir de expresiones de carácter pasivo y/o activo, como señalamos al inicio de este texto, y que han resultado en iniciativas violentas de distintas magnitudes. Desde el denominado *cyberbullying* hasta contra-movimientos organizados con diferentes objetivos, algunos ejemplos con los que contamos en América Latina han sido: #YoMarchoPorLaVida en reacción al movimiento por la despenalización del aborto en Argentina, #DeixemNossasCriançasEmPaz que impulsa la Ley de la “escuela sin partido” en Brasil para impedir la incorporación de temas sobre educación sexual y reproductiva en las matrículas de las escuelas públicas, o la coordinación de usuarios a través de las redes sociales para agredir a mujeres activistas tal y como ocurrió en Chile en 2018 cuando fueron apuñaladas tres mujeres después de participar en una manifestación a favor de la legalización del aborto.



Ejemplo de *meme* en circulación en redes sociales, recuperado de *facebook*.

La audiencia interpelada por estos contenidos que circulan de manera masiva, de acuerdo con académicas como Kate Miltner (2019) y Karla Mantilla (2015) suelen ser en su mayoría hombres de estratos privilegiados preocupados de que los recursos que han asegurado para garantizar su estatus en la masculinidad: roles, poder adquisitivo, trabajo, consumo de cuerpos femeninos (lo que yuxtapone el cuerpo de las mujeres con mercancías consumibles y desechables), entre otras prácticas, no permanecerán a su disposición como solía ser en contextos incuestionados, con lo cual se ve en declive su estatus de masculinidad y clase. La exhibición de estos contenidos refleja, en parte, el intento de quien los publica de constatar la mirada pública de los pares y con ello ganar su identificación con grupos o códigos asociados a la masculinidad dominante. Es decir, aún y cuando estos materiales replican el mito de la opresión de los hombres por el feminismo, su función no consiste en exponerlos como víctimas, sino en refrendar su posición en el lado de la superioridad masculina.



Manifestantes del movimiento por los derechos masculinos

En esta misma línea, la antropóloga latinoamericana Rita Segato señala que la construcción de la masculinidad a diferencia de la femineidad responde a una condición que debe ser constantemente validada por los pares, es decir, la hermandad masculina:

La hermandad masculina, la cofradía de los hombres, la logia formada por el hermano mayor, el vecino, el primo y todos aquellos de quienes emana el mandato de masculinidad (...) que exige al hombre probarse hombre todo el tiempo, porque la masculinidad es un estatus, una jerarquía de prestigio, se adquiere como un título y se debe renovar y comprobar su vigencia como tal. Las iniciaciones masculinas en las más diversas sociedades muestran esta necesidad de titulación mediante desafíos y pruebas que incluyen la antisocialidad, la crueldad de alguna forma y el riesgo (Segato, 2018: 42).

De manera tal que detrás del discurso antifeminista es posible leer una profunda preocupación por la erosión de la superioridad masculina que valida el pacto patriarcal, desde el cual, los varones interpelados protestan ante el empoderamiento de las mujeres frente a la violencia patriarcal. Desde su visión, en el momento en que las mujeres son partícipes de espacios anteriormente exclusivos para ellos (y peor aún desde perspectivas críticas) atentan con los recursos, las oportunidades y los cargos que ellos naturalmente merecen, tal y como lo argumenta el propio movimiento de activistas por los “derechos masculinos” (MRA, por sus

siglas en inglés). A grandes rasgos, esta lógica lineal supone que como resultado de la conquista de derechos humanos reconocidos particularmente para las mujeres, ocurre un descenso en su condición de masculinidad conforme al cual resultan “oprimidos” por el feminismo y feminizados respecto a otros varones insertos en la lógica de la hipermasculinización.



Propaganda en circulación por #MensRightsMovement de Estados Unidos que fomenta la pedagogía de la violación.

Apuntamos que la creación de este tipo de contenidos de fundamento belicista contribuye en el mundo actual de manera relevante a intensificar una cultura política y económica (neo) conservadora propicia para la promoción de imaginarios y sentidos populares racistas, homofóbicos, clasistas y/o misóginos, donde la cultura de la violación, la cosificación y mercantilización de los cuerpos, el castigo y la crueldad sobre la infancia, los animales, las mujeres y sujetos minorizados y la retracción de garantías humanas es reiterativa y agravada, lo

que además adquiere una inusitada legitimidad social. Esto nos conduce a reflexionar que el movimiento de nuestra sociedad aún se encuentra lejos de subvertir la historia masculina de la violencia, por ello, coincidimos en la apuesta por la politicidad en clave femenina que hoy emprenden en su pluralidad las mujeres “repulsivas” de nuestro continente y el mundo entero, en búsqueda de nuevos lenguajes y estrategias de organización, nuevas prácticas comunitarias, afectos y sensibilidades como brújula para encaminar la historia por rumbos de reciprocidad.

V

Conclusión

En el presente texto hemos intentado aportar una interpretación sobre la deriva social del proceso de derechización que tiene lugar en el mundo y de manera específica en distintos contextos de América Latina y el Caribe. Hemos aludido a que el eje de este viraje es un ataque frontal contra distintas expresiones de la vida y de los sectores que la defienden en contra de los procesos de disciplinamiento, control y mercantilización en marcha. Tratándose de un fenómeno con diversos elementos interactuando de manera simultánea, hemos elegido dos de ellos que nos parecen apuntalan esta marcha aparentemente inexorable hacia la catástrofe y que son protagonizados por sectores muy amplios de nuestras poblaciones que a través de la introyección de sentidos sociales que normalizan y generalizan el carácter destructivo del capitalismo, conforman las bases sociales del autoritarismo, una de cuyas expresiones es el respaldo en las urnas, pero también en los espacios públicos y medios de comunicación de políticas conservadoras e intolerantes.

Un proceso es la militarización que habiendo estado siempre asociada con la instauración del patriarcado como forma de dominación de la sociedad, en la actualidad se expande por nuestras poblaciones tanto desde la matriz del Estado Nación, como de las estructuras de la economía criminal ilegal. Es desde esta dinámica que se disciplina en lo cotidiano y se profundizan formas de relación basadas en la crueldad, la competencia y la asimetría. En segundo lugar, señalamos la emergencia de una lucha radicalmente contestataria de las mujeres, como fenómeno mundial, contra las distintas expresiones de esta agenda reaccionaria, que a su vez es confrontada con

discursos en el fondo anacrónicos, pero que se actualizan tanto en los lenguajes que utilizan, como en los medios por los que se difunden.

Fuentes consultadas

Assis, Clímaco, Danilo “Tres momentos de la política masculinizante en el patrón de poder colonial/capitalista”, *Pluriversidad*, Lima, 2018.

Banet-Weiser, Sarah & M. Miltner Kate “#MasculinitySoFragile: culture, structure, and networked misogyny”, *Feminist Media Studies*, 16:1, 171-174, 2016

Baschet, Jérôme, *Adiós al capitalismo. Autonomía, sociedad del buen vivir y multiplicidad del mundo*, NED Ediciones, 2015.

Carrington, Damian, “Earth's sixth mass extinction event under way, scientists warn”, *The Guardian*, 10 de julio de 2017.

Ceceña, Ana Esther, “Los paradigmas de la militarización en América Latina”, *Revista Em Pauta. Revista da Faculdade de Serviço Social da Universidade do Estado do Rio de Janeiro*, N° 19, 2007.

Chenoy, Anuradha, “Gender and International Politics: The Intersections of Patriarchy and Militarisation”, *Indian Journal of gender studies*, SAGE, Nueva Delhi, 2004.

Hansen, Thomas Blom y Stepputat, Finn, “Sovereignty revisited”, *Annual Review of Anthropology*, 2006.

Kendall, Lori, *Hanging Out in the Virtual Pub: Masculinities and Relationships Online*. Oakland: University of California Press, 2002

Mantilla, Karla, *How misogyny went viral*, Praeger, 2015.

Miltner, Kate, *Memes to movements, how the world's most viral media is changing social protest and power*, Beacon Press, 2019.

Muchembled, Robert, *Una historia de la violencia*, Paidós, Madrid, 2010.

Segato, Rita, *Contrapedagogías de la crueldad*, Prometeo, 2018.

Taibo, Carlos, *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofacismo*, Ediciones CIDECI-Universidad de la Tierra, Chiapas.

Traverso, Enzo, *Left-Wing Melancholia: Marxism, History, and Memory*, Columbia University Press, Nueva York, 2016.

-----, *Las nuevas caras de la derecha*, Siglo XXI, Buenos Aires. Epub, 2018

Turner, Fred. 2010. *From Counterculture to Cyberculture: Stewart Brand, the Whole Earth Network, and the Rise of Digital Utopianism*. Chicago: University of Chicago Press.

Wallerstein, Immanuel, *Después del liberalismo*, Siglo XXI, México, 1996.